

56
8670
-71.

Luis Castro

ATHENEA

ORGANO DEL
ATENEIO DE COSTA RICA

núm. 3

Tomo III

SAN JOSÉ
COSTA RICA

1919

30 Cts.

TIP. TREJOS HNOS.

LIBRERIA ESPAÑOLA, IMPRENTA, ENCUADERNACION Y FABRICA DE SELLOS DE HULE
de doña MARIA v. de LINES

Instalada de nuevo a su antiguo local

Acaba de recibir seis preciosas novelas a cual más interesante:

SIN DOTE	por Pierre Mael	1 tomo rústica	¢ 2.00	por correo	¢ 2.15
LA PIMPINELA ESCARLATA	» Baronesa de Orczy	1 » »	2.00 » »	» »	2.20
ORO ESCONDIDO	» Salvador Farina	1 » »	1.75 » »	» »	1.90
NOBLEZA AMERICANA	» Pierre Coulevain	1 » »	3.50 » »	» »	3.70
EL EMBOSCADADO	» Paul Margueritte	1 » »	2.00 » »	» »	2.20
MARE NOSTRUM	» V. Blasco Ibañez	1 » »	3.50 » »	» »	3.75

Visite Ud. la librería y verá los artículos japoneses que acaban de llegar

J. P. ZAPATA
ENCUADERNACION

Se hacen los trabajos más finos y más baratos

Lo mejor en Centro América

150 varas al Sur de la Botica Francesa

Cambios - Agencias - Giros
Atmella Hnos.

Establecidos en 1910:

San José, Costa Rica

Exchange - Agencies - Drafts

LA MAS BARATA * LA MEJOR SURTIDA

LIBRERIA

TORMO

LIBRERIA

AVENIDA CENTRAL, FRENTE AL BANCO MERCANTIL

APARTADO 869

San José

TELEFONO 285

TREJOS HERMANOS

LIBREROS

Se ejecutan

**TRABAJOS de IMPRENTA
A PRECIOS BAJOS**

Se cuenta con gran surtido en
Papelería

Surtido completo en Artículos de Escritorio y
Libros para Contabilidad

**Trabajos de Encuadernación
de toda clase**

El mejor almacén de Ferretería

está situado 200 varas al Norte
del Parque Morazán

Es donde puede Usted
comprar más barato

Lo atenderá don
Guillermo Echeverría

Elías Muñoz V.

RELOJERIA - PLATERIA
OPTICÀ

REPARACIONES
GARANTIZADAS
EN RELOJES Y ALHAJAS

OBJETOS
PARA REGALOS

EL NUEVO LOCAL
está situado frente al Hotel
Europa diagonal a Robert
Hermanos.

DESPUES DE LAS RETRETAS
PASE UD. AL SALON DE

LA GEISHA

Alli se citan los mejores elementos so-
ciales y se sirve exquisitamente

Pida Ud. - CAFE, TE, CHOCOLATE o cualquier
clase de HELADOS y REFRESCOS

Fábrica Nacional

DE

TEJIDOS, CEMENTO, JABONES, Etc.

EL LABERINTO

Lo fabricado en esta casa
no puede envidiar nada
a lo hecho en el exterior.

Entérese usted

APARTADO 105 **SAN JOSE** TELEFONO 254

JABON, TEJAS, CEMENTO, DRILES

R. AQUILES SANCHEZ



Calzado a la medida



San José, Costa Rica

- -

Calle Central Sur

CONSULTORIO PROFESIONAL

Dr. ANSELMO RIVERA G.

Médico y Cirujano Veterinario de París

Oficina: Servicio Veterinario Municipal.

Habitación y Oficina:

Casa familia Luján - - - Teléfono 50

GERARDO CASTRO - CLAUDIO CASTRO S.

ABOGACIA Y NOTARIADO

OFICINA:

Frente a la antigua Casa Presidencial

Teléfono 785

H. Peyrouet & Co.

Representantes

— de Casas Extranjeras —

San José — Costa Rica

ASDRÚBAL VILLALOBOS

PASANTE DE ABOGADO

San José de Costa Rica

J. Albertazzi Avendaño

Pasante de Abogado

En la oficina del Lic. don Victor Guardia Q.

PORFIRIO GONGORA

ABOGADO Y NOTARIO

Altos del Banco de Costa Rica, lado Este.

José Fabio Garnier

INGENIERO CIVIL

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA
MEDICO Y CIRUJANO

Especialista en las enfermedades de los ojos, nariz, oídos, garganta

Horas de oficina: de 10 a 12 y de 2 a 5 p.m.

Oficina contiguo al Teatro Variedades

J. CORDERO ZAMORA

PASANTE DE ABOGADO Y NOTARIO

Bufete de los Licdos. Jorge y Rafael Herrera

Teléfono 335

CLODOMIRO SALAS CASTRO

ABOGADO Y NOTARIO

Despacha en las Arcadas, lado Nor

EMILIANO BRENES G.

ABOGADO Y NOTARIO

Despacha

frente a las oficinas de las Alcaldías

AMADEO JOHANNING

ABOGADO Y NOTARIO

Ha abierto su bufete frente al edificio que ocupan los Juzgados

Santiago Durán Escalante

ABOGADO

En su casa de habitación

MARCO TULIO FONSECA

ABOGADO

Oficina del Lic. don Carlos M.^a Jiménez

TOMO III

ATHENEAE

No. 3

ORGANO DEL ATENEO DE COSTA RICA

Directores: ROGELIO SOTELA y J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

La correspondencia dirijase a los Directores

El Viernes Santo de Don Quijote

Fue una visión tan rara como fugaz. Caía dulcemente la tarde del más hermoso día. El sol, al sumergirse por entre un mar de fuego, bañaba con sus oros el paisaje manchego. Era en abril. Los pájaros volaban a millares, batía un viento alegre los viejos encinares; y de la esquila al eco dulzón, entre los riscos pasaban los rebaños buscando sus apriscos.

De pie, bajo una encina secular, don Quijote evocaba sus lances más famosos.... El mote de su blasón corría sin duda por el mundo y él era para todos el héroe sin segundo. Sin duda la memoria de aquellos caballeros de los pasados siglos, tan bravos como fieros, tan nobles como bravos, quedaba oscurecida ante los esplendores de su gloriosa vida. Qué espada haber podía más firme que su espada vencedora de todo? Qué mano más templada que su incansable mano? Qué ánimo más brioso que su ánimo, enemigo del sueño y del reposo, que arrolló en hora aciaga cuanto halló en su camino, ejércitos de ovejas y lanzas de molino? El era el caballero de la Triste Figura, que desde luengos días, en eterna aventura, se iba por donde quiera pregonando la fama de su Dios y su tierra, de su rey y su dama. El era quien cansaba la voz de su leyenda con sus hechos, el mismo que en singular contienda venció a aquel Caballero del Bosque, (caballero notable por la enorme nariz de su escudero). El era quien al pálido fulgor de las estrellas lanzaba hacia la noche sus íntimas querellas de amor, y se quedaba llorando sin reposo mientras partía Sancho, camino del Toboso....

El era el más valiente y el más enamorado.
Intrépido, animoso, gallardo, fino, osado,
no había fama alguna de caballero andante
con él cuando agredía jinete en Rocinante.

Y el bravo caballero sonreía al arrullo
de tantos pensamientos que halagaban su orgullo.
Célebre en todo el orbe, triunfante en toda guerra,
él era como un brazo de Dios sobre la tierra.

Un áspero ronquido de profundos ronrones
arrancóle de súbito a sus divagaciones.
Sancho dormía. Echado bajo un frondoso arbusto,
gozaba de su sueño con la quietud del justo.
Rocinante y el rucio yacían a su lado.
Vencidos por el sueño, sin penas ni cuidado,
en un cariño mutuo juntaban sus orejas
cansadas de oír siempre desafíos y quejas.

El viento rumoroso jugaba en el follaje,
y había tal dulzura, tal calma en el paisaje,
que don Quijote, lleno de la emoción más pura,
suspiró largamente, y asió la empuñadura
de su espada, pensando, sin duda, en Dulcinea,
tan bella como ingrata....

De la vecina aldea
llegaba en ese instante, como una caravana
de trémulos sonidos, la voz de una campana!

Don Quijote, sintiendo temblar en sus oídos
aquellos sonos largos, sonámbulos, perdidos,
pensó que eran los días que él veneraba tanto,
que aquélla era la sacra tarde del Viernes Santo.

Aquella era la hora de la pasión. Moría
Jesús, Hijo del Hombre, su trágica agonía
duraba largas horas. El pueblo sublevado
gozábase en su angustia de Gran Crucificado.
El pueblo redimido por El, rugía ahora,
hambriento de su muerte, como una arrolladora
marea. El pueblo alzaba sus manos asesinas
riendo de ver a un Cristo coronado de espinas....

La campana seguía sollozando. Sus sonos
temblaban como extraños fragmentos de oraciones,
y erraban extraviados, dispersos por los vientos
como despavoridos enjambres de lamentos.

Don Quijote, llevado de sus sueños lejanos,
sintió que le embriagaban éxtasis sobrehumanos.
Tendió la vista inquieta por el vasto horizonte
y vió lejos, muy lejos sobre un abrupto monte

perdido entre arreboles, a las ambiguas lucés
del crepúsculo, alzarse tres solitarias cruces.

Cristiano viejo, el épico hidalgo visionario
se hallaba en la presencia de un sangriento Calvario.

Era Cristo! El oía sus voces de esperanzas,
veía sus costados abiertos por las lanzas;
oía los insultos y las imprecaciones
del pueblo, ante la cólera de escribas y sayones,
las plegarias de Dimas, las blasfemias de Géstas;
veía a las mujeres subir las agrias cuestas
del Gólgota, entre lágrimas, bajo el brutal sarcasmo
de las turbas rabiosas, con sus hijos en pos....
Veía, en fin suspenso de admiración y pasma,
toda la dolorosa crucifixión de Dios.

Pero de pronto, ¡oh rara y extraña maravilla!
oh espeluznante y trágica visión de pesadilla!
era él, el Caballero de la Triste Figura,
quien sufría el vejámen de aquella atroz tortura,
era él, el invencible, el sin par caballero,
y estaba allí desnudo, clavado en un madero,
inerte, desvalido, doliente, ensangrentado,
befado por los hombres, de Dios abandonado.
Tenía sed, pedía, brindábanle las heces,
y Sancho su escudero, le negaba tres veces....
Turbas abyectas, ebrias de un colosal delirio,
querían por sí mismas consumir el martirio.
Miserables que él mismo con su brazo amparara
le llenaban de escarnio, le escupían la cara.
Qué vergüenza! Qué oprobio! Don Quijote no pudo
soportar e impetuoso manejó el ancho escudo
sintiéndose con bríos de diez mil paladines
para acabar con todos aquellos malandrines....

Y todo en aquel punto desapareció. Caía
dulcemente la tarde del más hermoso día.
Y él sólo vió a lo lejos venir por el camino
a Cristo con su agreste bordón de peregrino.
Era Jesús, él mismo! Su dulce faz serena,
sus claros ojos bellos, su barba nazarena,
era Jesús, el mismo divino vagabundo
que bajó de los cielos a redimir el mundo.
Su túnica flotaba como sobre el abismo....
Sus labios sonreían.... Era el mismo! Era el mismo!

Y don Quijote a punto de arrebatarse oía
sus pasos armoniosos en la quietud del día.
Jesús se aproximaba mirándole. Sus ojos
humildes le invitaban a templar sus enojos

y él oyó que decían, aunque mudos, sus labios:
 «Despreciad las injurias y olvidad los agravios».
 Cómo encantaba el brillo de su mirada! Ahora
 él sentía en el alma como una luz de aurora.
 Jamás el Caballero de la Triste Figura
 había paladeado semejante dulzura.
 Cuán lejos sus ardores y su melancolía!
 El contemplaba a Cristo y Cristo le atraía....

Después, llegado apenas, Jesús le dijo: «Hermano!»
 y él cayó de rodillas y le besó la mano.

Era de noche. Ahora la voz de la campana
 huía entre las sombras, cada vez más lejana,
 hasta cesar del todo.—El bravo caballero
 despertó de su éxtasis y llamó a su escudero.
 «Vamos!» le dijo. Sancho venciendo su pereza,
 quiso alegrar a su amo con alguna simpleza.
 Don Quijote, severo, le hizo callar.... (El viento
 bailaba en el follaje con un compás muy lento).

Y ambos, el uno triste y el otro algo mohino,
 montaron y partieron por el primer camino....

Victor Domingo Silva
 Chileno

Expiación

*Callábamos los dos. Sobre tu frente
 dibujaba una arruga la tristeza,
 y en tus ojos de pálido turquesa
 asomaba una lágrima silente.*

*Extraño a tu dolor, indiferente,
 yo sonrei con intención aviesa,
 y, al mirarme, doblando la cabeza
 te pusiste a llorar amargamente.*

*Por fin, en un arranque de tu orgullo,
 me exigiste quemar todo lo tuyo
 que guardo en mi poder.... Y, luego, cuando*

*ya dispuesta a partir, te despedías,
 caducaron en flor tus rebeldías
 y caíste en mis brazos, sollozando!*

1919—Costa Rica

Julián Marchena

Páginas extranjeras

La Medicina del Espíritu

por Herbert J. Hall

El médico de nota es hombre muy ocupado; demasiado ocupado. Recorre las casas de sus pacientes permaneciendo aquí diez minutos, allá media hora, escuchando la relación de los síntomas, tocando el pulso, examinando la lengua, auscultando el corazón, midiendo la presión de la sangre y haciendo observaciones sagaces y experimentadas que le permiten predecir la marcha de la enfermedad y recetar para el sosiego físico y mental de sus enfermos. Terminada la tarea diaria, olvida lo mucho que ha hecho y dicho, y se retira a descansar fatigado y con cierta vaga decepción. Puede sentirse satisfecho de haber prevenido el contagio por medio del aislamiento y por su insistencia sobre el aseo esmerado, y quizá se da cuenta de que ha salvado la vida de un hombre por haber practicado a tiempo una buena operación quirúrgica.

Sin embargo, si es hombre profundo, experimentará siempre en sus adentros una sensación de superficialidad, de futilidad. Tendrá siempre ante los ojos el cuadro de aquellos pacientes a quienes debía socorrer no sólo física sino espiritual y mentalmente, y con los cuales su actuación ha sido equivocada. ¿No es acaso el deber de un médico curar las hondas desven-

turas de la vida y cambiar en ánimo el desfallecimiento y la tristeza que acompañan al sentimiento del desastre? Ha dado la salud a sus enfermos cada vez que le ha sido posible. Ha puesto en práctica los métodos mejores y más modernos para la diagnosis y el tratamiento; y, sin embargo, ha dejado quizá sin explorar un campo inmenso de sufrimiento humano que tal vez habria podido remediar.

Adoptando un sistema natural y provechoso, la medicina tiende a analizar la mente humana con la esperanza de descubrir científicamente los trastornos y complicaciones de la vida mental. Preguntas y respuestas determinadas, un examen indulgente de las cosas que es preciso eliminar, de los sentimientos, intereses y designios secretos, puede hacer y hace posible a menudo la reintegración y mejoramiento portentosos produciendo el alivio tan necesario a la existencia.

Se hace para mí cada vez más evidente que los médicos deben ser moralistas y maestros para tratar con buenos resultados ciertas enfermedades angustiosas. Muchas personas no acuden al sacerdote en busca de consuelo. Me inclino a pensar que existe un vasto campo de males del alma abierto ex-

clusivamente al médico y donde ningún otro podría penetrar satisfactoriamente. Quizá esto proviene de que el decepcionado y abatido paciente cree que sus males son físicos en todo o en parte, y que el sacerdote se encontraría fuera de su elemento; y cree además que el sacerdote tiene prejuicios morales que podrían extraviar su criterio. Cuando las lecciones de moral parten del campo de la medicina, sus efectos son más directos, porque son en cierto modo inesperados, y porque envuelven el conocimiento inteligente del estado físico del enfermo.

Estamos convencidos de que no debemos descuidar el organismo físico. De consiguiente, nos sentimos más seguros al referir a un médico nuestros padecimientos y ansiedades, sabiendo que atenderá, en primer lugar, a las condiciones físicas y aplicará el remedio adecuado. Mas ¡infeliz del neurótico, si el médico es incapaz de observar otra cosa que los síntomas materiales y, encontrando el organismo en buen estado, receta únicamente el cambio de aire o las distracciones! Y peor todavía si, avanzando en este camino, declara que la neurosis y la depresión son puramente cuestión de temperamento y se modificarán tan pronto como el paciente tenga la voluntad de hacerlo. Este diagnóstico es fuente de desaliento y errores muy lamentables.

¿En qué consiste la felicidad? ¿Quién puede llamarse feliz en absoluto? La acumulación de riquezas, el goce de salud relativa, la ejecución de hechos nobles y elevados: todo esto pa-

rece muy pequeño frente a lo ideal y a la luz de nuestra miserable naturaleza mortal. Mi paciente, que siente tan hondamente el desastre, no se halla realmente en peores condiciones que cualquier hombre o mujer que contempla holgadamente las perspectivas de la vida. Llegamos al cabo a la vieja conclusión de que el carácter es la cualidad más importante. Debemos persuadir a nuestros pacientes de que, a pesar de todas sus limitaciones físicas, pueden poseer el don más precioso de la tierra.

Podemos hacerles comprender que la posesión material representa muy poco ante el renacimiento del espíritu; que un espíritu revivificado ejecutará lo mejor con respecto al progreso material; y que debemos aceptar las limitaciones físicas como mal incurable, pero con resignación libre de las tristezas de la desesperación. Podemos ir más allá aún, explicando con la mayor claridad posible que el desenvolvimiento del carácter es un estudio muy interesante, mucho más de lo que podría expresarse con palabras, porque alcanza proyecciones infinitas y porque relaciona de manera indefinible la personalidad humana con la divina. Cuando esta relación llega a producirse, la desgracia no existe. La luz adquiere nuevo brillo, y los pequeños goces de la vida, a que otorgábamos tan gran importancia, poseen significación verdadera únicamente en relación con nuestro mayor perfeccionamiento.

Los graves y concienzudos médicos que realizan su tarea

diaria, atendiendo a todas las necesidades menos a la de importancia primordial, prescriben rara vez esta clase de medicina a sus enfermos, a quienes alivian a menudo físicamente tan sólo para que sientan con más agudeza el sufrimiento espiritual. ¿Qué habría de extraño en esta opinión para que sea deseada por el criterio científico? No vacilamos en usar medicinas y drogas que nos son casi enteramente desconocidas. Las vacunas y sueros modernos no se conocen del todo, indudablemente. Creo que el médico consejero veríase absolutamente perdido, si tratara de predicar una doctrina o religión más avanzada del punto a que razonablemente puede llegar el criterio científico; pero el criterio científico puede avanzar mucho más de lo que acostumbra, aun conservándose dentro de los límites de la razón y la comprensión, si no de hechos comprobados.

Cuando se comprenda que los médicos pueden predicar una religión nueva, que no es otra cosa que el antiguo mensaje del espíritu despojado solamente del dogma y del sentimiento, se abrirá una nueva era para la ciencia de curar. El médico maestro adquirirá poder espiritual en relación con sus talentos físicos. Sin usurpar las funciones de la iglesia, podrá fácilmente enviar a sus pacientes a las bancas del templo con la mente tan bien preparada y purificada que sean capaces de comprender y aplicar las enseñanzas del púlpito.

Advierto que colocando la vida espiritual sobre la vida física es-

toy preconizando cierto desprendimiento de la personalidad, cierta deliberación del egoísmo y del propio interés, muy alejados de los incidentes diarios, y que quizá parecerán ilusorios a personas ocupadas por entero de las cosas materiales. Comprendo la fuerza de lo material y de lo efectivo. El amor, los sufrimientos humanos, la hermosura física, la atracción de todo lo que se relaciona con la línea y con la forma, el mundo de perfección material: todo esto es intensamente real e importante. No puede negarse su seducción, ni es falaz la dicha o el sufrimiento que procuran. Pero mientras más observo las personas y las cosas, más convencido me siento de que es preferible hacer el mundo material menos real, y comprender mejor la realidad del mundo espiritual, si hemos de vivir en el sentido amplio de la palabra y acercarnos sin trabas y sin temor a la consumación de nuestro destino.

Aparte de las atracciones del mundo material con su encanto infinito, aparte del amor y entusiasmos que procura, debemos forjar un mundo espiritual, impersonal en su mayor parte y, en consecuencia, indestructible e invulnerable. Desde este mundo que llamamos espiritual podemos tornarnos a las exigencias de la vida, con la frescura y el ánimo de aquel que ve en las cosas materiales nada más que el reflejo de una vida superior. Sólo por una especie de «ciudadanía de otro mundo» podremos apreciar los verdaderos valores del mundo material.

Aproximándonos al lado im-

personal, aliviaremos en parte el sufrimiento punzante, la finalidad de la pérdida, puesto que tales cosas no pueden afectar profundamente al espíritu que abraza perfecciones más extensas. Soportaremos mejor las injusticias y aun los males, puesto que la mente espiritual no puede sufrir en sentido material. Pero debemos hacer algo más que aproximarnos a la vida material: debemos vivir en ella plenamente, porque la manera bella, valerosa, en que afrontemos la vida material, demostrará el valor y la verdad de la vida espiritual.

Ser impersonal en el sentido a que me refiero, no significa perder la identidad en una especie de refinamiento etéreo, sino elevarse sobre las sensaciones materiales por absorbentes que puedan ser, hasta una atmósfera donde nos sintamos liberados en todo, o en parte de la inexorable persistencia y finalidad de las cosas. Así llegaremos a alcanzar un estado interpretativo, en el cual podamos desprendernos de nuestras relaciones personales y contemplar el mundo desde lo alto. De aquellas alturas habremos de descender para batallar contra el mal, para afrontar nuestras responsabilidades personales, para vivir y para amar con una efusión y plenitud imposibles cuando nos encontramos completamente absorbidos por lo material, sumergidos en el realismo. Más aún; creo que a causa de tal desprendimiento podremos experimentar, expe-

rimentaremos más intensamente el sentimiento de la personalidad en forma más elevada. Emancipándonos de la tiranía de los hechos es cómo nuestra interpretación de los hechos se formula con mayor claridad.

No debemos aconsejar a nuestros pacientes que olviden o menosprecien los placeres de la vida, sino por el contrario, que los gocen y vivan en ellos con más plenitud. Debemos pedirles que pasen sobre estos dones preciosos hasta alcanzar las alturas benévolas donde se aprecian nuevas proporciones y valores, donde podrán gozarlos más discreta y fervorosamente, donde aceptarán de buen grado las limitaciones físicas sabiendo que las pérdidas y los pesares no son eternos y llegan apenas a las fronteras del mundo material.

Esta concepción de la vida no es puramente imaginativa; no es un sueño vano que ofrece esperanzas que jamás habrán de realizarse. Tengo la convicción de que podemos vivir en el mundo espiritual y sentirnos invulnerablemente felices y contentos a despecho de los sucesos materiales, a despecho de las pérdidas que hayamos de afrontar o las deudas dolorosas que necesitemos pagar en las cuentas con la realidad. Creo más aún; creo que todos aquellos seres felices que se hacen superiores a las pérdidas inevitables, se encuentran ya en los dominios de la vida del espíritu, aunque ellos mismos parezcan ignorarlo.

Los Maestros franceses

La Rana

(De Albert Samain)

Va a recoger un fruto de la hierba que pisa Cloris, cuando, de pronto, una rana divisa medrosa y diminuta que ante el amago fiero súbita se distiende cual resorte de acero.

En un rápido impulso, abre y cierra las patas, brinca por los fresales, se escabulle en las matas, y a sus hermanas busca que en la quieta laguna, husmeando el peligro, se hecharon una a una. Van diez veces que Cloris, en la caza animada, la cogió con la mano bruscamente cerrada; pero más diestra que ella, al sentir que la pilló, de los dedos diez veces se escapó la ranilla.

Al fin, Cloris la tiene! ¡Cloris canta victoria! ¡Cloris, de azules ojos, de su madre es la gloria. Bajo el sombrero amplio, ríe su gracia al cielo, y su melena rubia, como doble arroyuelo cubre de velos áureos sus mejillas, y evoca la más clara sonrisa sobre la fresca boca.

Ella curiosa observa; se estremece un instante al contacto del cuerpo helado y palpitante; la rana mira y tiembla; la mano se aventura, y Cloris tiene lástima de la débil criatura cuando latir de espanto entre los dedos siente aquel corazoncillo apresuradamente.

Trad. de E. González Martínez

Canción de Otoño

La queja sin fin
del flébil violín
otoñal
Llena el corazón
de un lánguido son
letal.

Siempre soñando
y febril cuando
suenan la hora...
Mi alma refleja
la vida vieja
y llora.

Y arrastra un cruento
perverso viento
a mi alma incierta,
aquí y allá,
igual que la
hoja muerta!

Paul Verlaine

Dous m'avez dit tel soir....

Me dijiste, una tarde, unas frases tan bellas que, inclinándose a nosotros, las florecillas

sintieron por nosotros cariño, y una de ellas, queriéndonos tocar, nos cayó en las rodillas.

Nuestros años, decías, en tiempo ya vecino, frutos, hartos en sazón, se dejarán coger; nos llamará la súbita campana del destino; se cambiará el amor con el envejecer.

Me enlazaba tu voz con un abrazo, ardía tu corazón tranquilo, con tan clara hermosura, que hubiera visto, impávido, abrirse en aquel día la senda tortuosa que va a la sepultura!

Emile Verhaeren

El Durmiente del Valle

Un hueco verde, un hilo cantarín de agua clara que andrajos argentinos entre las hierbas prende loco: en ellos el sol del monte altivo esplende; y es como un vallecillo que en rayos espumara.

Un soldado reposa boquiabierto, desnuda la cabeza, entre berros azules extendido; muy pálido en la hierba mojada se ha dormido y la luz llueve sobre su verde lecho, cruda.

Entre las espadañas tiene los pies. Risueño, como enfermizo infante, duerme plácido sueño. Naturaleza, mécelo con calor. ¡Está helado!

Su nariz el perfume de los campos no aspira con la mano en el pecho duerme al sol. No respira— tiene dos agujeros rojos en un costado!

J. Arthur Rimbaud

Un poète disait....

Un poeta decía que, cuando él era joven, florecía en sus versos como el rosal en rosas; cuando yo pienso en tí, me parece que, dentro de mí charla una pura fuente que no se agota.

Como Dios da un perfume de templo a la azucena, como en el rostro de las guindas coral pone, devotamente yo quiero en ella poner el color inesfable de un aroma sin nombre!

Francis Jammes

Les yeux de Berta

Ojos que admiro como los más admirables. Ojos de mi adorada, de los que sin ruido

cae algo, cual la noche de dulce y recogido, arrojad sobre mí vuestras sombras amables!

Ojos, los de mi dueño, misterios adorados, en quietud, comparables son a dos grutas mágicas donde, rasgando el velo de las penumbras trágicas, chispean como vivos tesoros ignorados.

Los ojos de mi amor son profundos y vastos como tú, noche inmensa; y en su fondo se ve, a veces el amor, otras veces la fe, razón por la que brillan lujuriosos o castos!

Charles Baudelaire

De "Les Nourritures Terrestres"

¡Como Nathanael, tú posees a Dios y no lo sabías.—Poseer a Dios es verle; pero no se le mira. En el recodo de algún sendero, Balaam ¿no has visto a Dios ante quien se paraba tu amo?—porque tú te lo imaginabas diferente. Mas Nathanael, sólo a Dios no se puede esperar. Esperar a Dios, es no comprender que lo posees ya. No distingas a Dios de la dicha, y pon toda tu dicha en el instante.... He llevado todo mi bien en mí, como las mujeres del pálido Oriente llevan consigo toda su fortuna. Contempla la noche como si en ella debiera morir el día, y, la mañana, como si en ella murieran

las cosas todas. Que sea tu visión a cada instante nueva.—El cuerdo es aquel que se adueña de todo.—No deseas, Nathanael, hallar a Dios más que en todas partes. Cada criatura indica a Dios, ninguna lo revela. En cuanto nuestra vista se fija en ella, cada criatura nos aparta de Dios....

André Gide

De "Cinc Grandes Odes"

Oh, sabías Musas! sabías Hermanas! Y tú también, ebria Terpsícore! Cómo pensasteis cautivar a esta loca, retenerla por una u otra mano, agarrándola con el himno como a pájaro que no canta sino en jaula? Oh, Musas, pacientemente esculpidas en el duro sepulcro, la viva, la palpitante! Qué me importa interrumpir la medida de vuestro coro? Vuelvo a cogeros mi loca, mi pájaro? He aquí la que no se embriaga de agua clara y de aire sutil. Embriaguez como la del vino rojo y la de un montón de rosas! Uvas debajo del pie desnudo que chasca flores grandes llenas de miel pegajosa!

La Ménade enloquecida por el tambor! al clamor penetrante del pífono, desnuda y dionisiaca la Bacante....

Paul Claudel

Hemos recibido: Un libro notable, EL HOMBRE MEDIOCRE, del ilustre escritor argentino José Ingenieros. Ya lo conocíamos; en él se afirma el pensador admirado. Ingenieros ha sabido conservar el prestigio y la estimación que América le tributó desde sus primeros libros. Ha ido en gradación. Hoy es una figura continental y ha sido traducido a varias lenguas. EL HOMBRE MEDIOCRE es un libro que debe ser leído por todos los jóvenes y aún por los viejos. Allí encontrarán los espíritus enfermos o desorientados la afirmación excelsa de que una vida superior es la única forma de vida. Nosotros agradecemos al Maestro Ingenieros el envío de su libro y más se lo agra-

decemos por la afectuosa dedicatoria que trae. Se ve que el triunfado escritor no se ha mareado como otros hombres que, sin comenzar a ser gloriosos, ya no se toman interés por las letras nuevas, creyéndose defraudados por un mal talento. Ejemplo de armoniosa humildad nos da José Ingenieros con la simpática dedicatoria de su libro.

Dentro de poco, en fecha que anunciaremos previamente, tendrá lugar en el Ateneo la recepción de algunos de los socios incorporados últimamente a ese Centro. En ese acto presentarán sus trabajos, algunos de los cuales — que conocemos, son muy interesantes.

Doña Pacífica Fernández de Soto

Acabo de recibir un precioso volumen. Se llama:

*«Homenaje a la virtuosa señora
Da. Pacífica Fernández de Soto»*

¡Más flores! Pero estas no se marchitarán, como se han marchitado las que en deslumbradora y nunca igualada profusión fueron ofrendadas en la tristísima escena de la eterna desaparición de doña Pacífica. He contemplado este homenaje. El renueva hondamente mi emoción. ¿Me satisface él? No puedo mentir: no me satisface: está tributado en la forma en que vulgarmente se han tributado otros homenajes. Y aquella dama no perteneció al vulgo de ella.... Puesto que acerca de ella se ha empezado a escribir, yo siento necesidad de escribir siquiera algo de lo que sé, agregando así algunas flores a las ofrendadas por otros.

Doña Pacífica ejercitaba su voz, aunque no bajo la dirección de un filarmónico que pretendía la categoría de profesor de canto, propiamente dicho. La madre de ella, que me había conocido en algunas funciones de beneficencia en que ayudé, me obsequió muy honrosa y sensiblemente invitándome a llegar alguna vez a cantar con su distinguidísima hija. Con indecible agradecimiento llegué llevando dos duos «La Pesca,» por Rossini, y «All'amica sera,» por Campana, bellísimos entrambos. Los estudiamos. La voz de ella todavía no había alcanzado la categoría que después alcanzó, soprano absoluta sfo-gata; pero era delicadísima, como si sus notas fueran moléculas de miel perfumada, brotadas de la corola de misteriosa flor. Aquella voz, la manera de emitirla, la pronunciación limpia y precisa, constituían exponente de altísimo carácter, que era dulce admirar y respetar. Un día me pidió doña Pacífica música sagrada, para cantarla en la iglesia. Era vehementemente religiosa. Copié un duo por Mendelssohn, y le puse letra sagrada. Mucho gozó ella cuando lo cantamos en El Carmen. Conservo ese duo. Es de lo más bello con que pueda afectarse el sentimiento de un creyente.

Trascurrió el tiempo.

Llegué a ser Jefe de edecanes de don Bernardo Soto. En aquella posición analicé a doña Pacífica en numerosas y variadísimas escenas. En la mesa ¡qué conversación tan inteligente, combinándose en ella el esparcimiento y la discreción! En el baile, por el cual era apasionada, cuando valsaba ella, no había libertad para desviar la mirada: era forzoso fijarla en ella, porque se tenía delante en seductor movimiento, el divino grupo de la gracia, la magestad y la cadencia, amorosamente unidas e iluminadas por la intensa luz de los dos grandes y poderosos ojos, en cuyo fondo se leía: *soy la reina; mis dominios alcanzan adonde se oye el gemido de los atribulados*. Aquella reina no ostantaba fulgente corona de oro y pedrería, con que la soberanía popular ciñera su sien; ostentaba la corona impuesta por el Soberano de los soberanos, la hermosura, cuya pedrería tenía nombres más atrayentes que los de diamante, rubí, esmeralda etc.: aquellos nombres eran *pureza, sinceridad, fidelidad, lealtad, intenso amor, aspiración a lo infinito, abnegación, ternura para la orfandad y el abatimiento....* En las danzas sueltas el criterio y gracia de doña Pacífica eran notabilísimos. Solía ejecutarlas o con su hermano Manuel o con su primo Rudecindo o con su deliciosa amiga la señorita Angelina Loria, más tarde señora de Matamoros. Bailemos La Rosa, Angelina, decía a ésta doña Pacífica. Más me gusta ver a Ud. ejecutándola con Laco o con Chindo, porque yo, por contemplar a Ud., me equivoco en las mudanzas, observaba la señorita Loria. ¿Y quién te tiene contemplándome, chiquilla? ¿Y quién prescinde del gusto de admirarla, hijita? replicaba la niña. La incomparable dama tomaba de sobre el piano dos sombreros de pita, se ponía el uno e imponía el otro a su clásica compañera, diciéndole: a ejecutar La Rosa

(danza así llamada), ordené yo. Se alejaba unos cuatro pasos, y desde su puesto, ella, que representaba el doncel aspirante a la rosa, ejecutaba con el sombrero en la mano airosísimo movimiento; la doncella (señorita Loria), dueña de la deseada rosa, contestaba con cierta esquivéz afectada de deferencia. Empezaba la danza. A los pocos momentos, la actitud de quienes contemplábamos era el arrobamiento. Ello era inevitable: nos hallábamos en frente de un poder al cual dulcemente sucumbíamos. El doncel conquistaba la rosa, y se terminaba la danza...

Y en el paseo ¿qué era doña Pacifica? Era clásica, como en las demás escenas en que figuraba. Brevemente mencionaré el de Alajuela. Se aproximaban las 11 a. m. Ya hablamos almorzado. Hijita, me urge ir a Alajuela, dijo don Bernardo a doña Pacifica. ¿Quieres acompañarme? Con mucho gusto. ¿Dónde quieres comer? preguntó a su vez ella. Tú sabes que lo que más me satisface es el bocado preparado por tí. Chico, ve lo que dices, no sea que te alejes de la verdad, prorrumpió graciosamente ella, sonriendo. Fuera de broma, insistió él. La Señora llamó a Pablo (buen sirviente hondureño, que de cuando en cuando olvidaba la medida, ingiriendo más ron del que insinuaba la previsión) y le ordenó volara a la Estación llevando un saco vacío, porque íbamos a Alajuela. En los mismos momentos se presentó don Angel Anselmo Castro, y se nos agregó por invitación de don Bernardo. Seis personas llegamos a la Estación de Alajuela: don Bernardo, el señor Castro Mendez y don José Aguilar se fueron a diligencias presidenciales; Pablo, llevando su saco, una lista y dinero se dirigió al mercado; doña Pacifica y yo nos fuimos a la casa de ella. Me dió la llave, y atravesó la calle para saludar a sus suegros y cuñada. Llegué a la cocina (sin encargo de la señora), la barri, lavé el moledero, encendí en la hornilla fuego y concluí el necesario arreglo. La señora, que como veinte minutos antes había entrado a su despensa, llegó, recogidas las mangas de su traje, conduciendo en una canasta morrones, queso partagás, macarrones, bacalao, arroz, tc. —Mire, señor, me dijo, ¿quién lo comisionó para que

se molestara ejecutando lo que le tocaba a Pablo? —Mi señora: quise ensayarme en lo que Ud. halla hecho, para evitar a Ud. el cuidado de ordenarlo, le contesté con el fervoroso respeto que yo me satisfacía en cultivar para ella (el cual perdura ante su memoria). —Ahora me hace el favor de ensayarse en cuidarme la casa, sentándose en la sala a descansar. —Muy bien, mi señora. Pablo entró y fuíme a la sala Se. acercaba la 1 p. m. Me senté a leer.

Al sonar las 4, entraron cuatro personas: don Bernardo, don Víctor Guardia, el Licdo. Castro Méndez y don José Aguilar. En seguida se presentó doña Pacifica. En una pequeña bandeja llevaba una botella de cognac y seis copitas. Llenó cinco y nos las presentó. —¿Y U., mi señora? —dije yo. —Después tomaré, expresó ellas sonriendo, y agregó: quiero ver qué efecto le hace a U. su copita. Doña Pacifica se divertía observando que a mí se me tuercen los ojos con cualquier poquito de cognac que beba. A los cuarenta minutos nos sentamos a comer. Se nos presentaba gran abundancia y riqueza. Ello era exponente de la maravillosa habilidad de doña Pacifica. —Sirveme bacalao, hijita, le instó don Víctor. —¿Y mi sopa de harina, tío? —No se la desprecie, pero el bacalao me seduce. —Los demás tomamos la sabrosísima sopa. —¿Dónde aprendiste a preparar este bacalao sin igual, Pacifica? preguntó don Víctor. —¿No recuerda que he vivido en París, tío, en Florencia, Madrid, Sevilla y Barcelona? En unas partes recogía algún conocimiento, en otras partes, otros; así aprendí a preparar el bacalao, la salsa a la bayonesa, el arroz a la valenciana, el puchero, el turrón y otras cositas que, hallándome de buen humor, ofrezco a quienes me las acepten. —Me hace falta más bacalao: te confieso con entusiasmo que no lo comí nunca igual, aseguró don Víctor acercando su plato. Tres veces se sirvió de él, y no probó otro de los exquisitos guisados. Yo comí bacalao en restaurants españoles, franceses e italianos, y nunca me satisfizo como el que varias veces saboreé en la mesa de doña Pacifica de Soto, preparado por ella. Había alimentos cuya preparación no encomendaba a su hábil cocinero.

El tiempo transcurrió. Dejé el Pa-

lacio Presidencial, y pasé a la Gobernación de Guanacaste. A intervalos de un año o de más, yo llegaba a presentar mi respeto a doña Pacífica. Cada vez me parecía verla más alta. Un día supe que su salud decaía. Seis o diez meses más tarde oía decir que la ciencia sólo aliviarla alcanzaba. Hace unos meses oí decir que acababa de regresar de los Estados Unidos, donde no se le había practicado la operación que se esperaba la restableciera, porque los Profesores que allá la habían examinado comprendían que todo esfuerzo sería vano. Oí agregar que ella, muy ejercitada en dominar sus situaciones, para disminuir la amargura de los suyos, ocultaba lo posible su afección. Comprendí en silencio que era incontrastable la resolución, y que quien nos la había concedido transitoriamente como encarnación de uno de los más grandes

caracteres que puedan admirarse, para enseñanza de los sobrevivientes, la atraía de nuevo al foco de su procedencia... ¡Sea!... Cuando sucedió tal eterno alejamiento, pensé conmovido: para el que queda solo, aunque le rodeemos todos los que le queremos, será imposible el consuelo; mitigará un tanto su dolor diriendo al Padre estas palabras: ¡Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo! Se lo escribi sugiriéndoselo... ¿Y la sociedad para quien se extinguió aquel rayo de luz celestial? Que recuerde, como homenaje debido, que el fondo de aquella esencia fué éste: sinceridad en sentimientos y expresiones; lealtad en todas las esferas de la existencia; energía y dignidad en el acatamiento al deber...

Jenón Castro R.

San José, abril 2 de 1919.

Crónicas extranjeras

Homenaje a un gran poeta La Calle Herrera y Reissig

Con motivo del aniversario de la muerte del poeta Julio Herrera y Reissig, un núcleo de escritores y políticos solicitará de las autoridades edilicias que a una de las calles de Montevideo se le ponga el nombre del llorado escritor. Bueno. ¡Riete conmigo, querido Julio. Riete «por encima de todo» como aconsejaba Zarathustra. Riete desde el fondo de tus nobles cenizas! Después de leer tal telegrama, asísteme el derecho de invitarte a llorar de risa conmigo desde lejos, como dos buenos frailes que se burlan con la señal de la cruz de los diablos que pasan...

Hace catorce o quince años, cuando escribía mis «Cien Hombres Célebres», fui a visitar a este exquisito poeta luminoso. Fui yo quien lo hizo retratar dándole inyecciones de morfina. En ese entonces, Julio Herrera y Reissig era un gran poeta, Un enorme poeta. Pero inadvertido.

...Un círculo de jóvenes talentosos lo prestigiaba en su torre de marfil

en Montevideo. Hallábase en la plenitud de su talento. Basta decir que Leopoldo Lugones había imitado su manera como buen enamorado sin escrúpulos de las cosas artísticas... Julio era, en fin, el gran poeta que hoy conocen los... niños de la escuela... Sólo que, entonces, pocos se atrevían a elogiarlo. Los diarios acallaban el ruido de su nombre. Hasta de las crónicas sociales su nombre era borrado... Se moría de hambre. Nadie era capaz de alcanzarle un pan envuelto en un nombramiento oficial... «No soy Diputado. Ni siquiera Cónsul», decía. Sus compatriotas fueron cobardes con él. Lo digo yo, que no tengo más títulos de honor que el de ser oriental...

Pues bien: cuando yo le visité vivía solo. Solito. Abandonado de todos. Allá en la Torre de la calle Ituzaingó... Fué entonces cuando dije en «Caras y Caretas»:

«A Julio Herrera y Reissig ya nadie lo visita. Tal abandono es un pre-

sagio de laureles futuros. Verlaine nunca tuvo en América un hermano mejor. Baudelaire no ha podido dejar un hijo más semejante. El niño Jesús puede hallar en Herrera y Reissig un rey mago ferviente... Entre tanto, el poeta más raro, el lírico más triste, el pecador más esteta, el jilguero de sangre más azul, el loro más fogoso, más bueno y más encantador que haya tenido el Plata, vive solo, en su torre. Muy solo. Más solo que los muertos. Por eso, sobre la tumba donde su nombre duerme, ya cadáver, vibra—hermosamente porque suena a responso—el amable latín de los elogios fraternales. Elogios que serán solidarios y que harán reír con lástimas inútiles a los calvos sacerdotes de la literatura alcanforada... Es criminalmente alevozo que los perros de la envidia profanen con sus dientes el dulce corazón de este pobre corderito ciego que se muere por exceso de vida».

Y más adelante:

«Queréis verlo? ¿Queréis oírlo? Subid. Trepemos por la vieja escalera del antiguo palacio. Por esas viejas escaleras subieron hace tiempo, muchas rojas aristocracias fallecidas, muchas razas neuróticas ya exiintas. Subid. Ya llegamos. Esta es la famosa torre de los panoramas... Entre-mos... Ved ahora cómo el poeta, en una explosión de bondad nos recibe. Parece un niño enfermo. Al menos, vibra todo entero con una campana que tuviera nervios....»

Y bien. ¿Qué sucedió? Mis elogios a Herrera y Reissig hicieron reír como yo lo hube previsto. Recuerdo que al aparecer mi crónica, Arturo Jiménez Pastor, se rio en mi misma cara, diciéndome: Pero, che... ¿Está usted loco? ¡Julio no vale nada!»

Ah! sí. Pero... ¡Hermosa locura que me anticipa siempre a los juicios de la posteridad! Lo mismo me sucedió al hablar de Florencio Sánchez, de

Evaristo Carriego, defendiéndolos en vida, cuerpo a cuerpo....

¡Catorce años han bastado para que el poeta triunfe públicamente! Lástima que haya sido necesaria su muerte, para que la gloria terrena premiara su magnífica obra. Igual cosa sucedió con Rodó....

Pocos meses antes de morir Rodó, lo encontré en Génova. Estaba en una pieza de hotel. Una habitación muy humilde, muy triste... Recuerdo que después de visitarle, fui a un café y escribí dos líneas a Orestes Baroffio. Le narré, con asco, la situación de olvido en que Rodó, vagaba por el mundo... «Caras y Caretas» no le mandaba dinero. Debíanle varios meses. Estaba detenido en Génova por falta de fondos para pagar la cuenta de hotel... Rodó me contó la tristeza con que había abandonado a Montevideo. «Si me hubiera quedado allí, me dijo, me muero de hambre.» Yo me asombré: «¿Pero no había en Montevideo millonarios patriotas que le encargaran un libro sobre la patria, a fin de que usted no se alejara de Montevideo?»

Bajó los ojos muy triste. Y en seguida me miró sonriendo mansamente. Después, el mismo día que Rodó expiraba, lei en «La Razón» que un millonario había donado yo no sé qué, para el cementerio de perros de Montevideo, fundado por este mismo señor para que lo entierren en él seguramente...

Ahora el nombre de la calle «Herrera y Reissig» agotará en las librerías los libros del poeta, mientras el alma exquisita del inolvidable sonreirá entre los astros, hacia su compañera, como cuando yo le veía sonreír, dulcemente dormido, bajo los deleites de la morfina. Y sonreirá como cuando me entregó, sonriendo, la página de su autobiografía, que he conservado inédita hasta hoy.

Juan José de Soiza Reilly

En el resto de este mes saldrá al público la «Revista Jurídica», órgano de la Escuela de Derecho, redactada por los jóvenes don Guillermo Serrano, don Asdrúbal Villalobos, don José Albertazzi

Avendaño, don Julián Marchena y don Guillermo Padilla.

En ella colaborarán nuestros profesionales y los alumnos de la Escuela de Derecho.

Saludamos desde ahora al colega y le deseamos buen éxito.

LA LONJA SAUMA & CASTRO

Frente al lado Norte del Mercado — SAN JOSE

Surtido completo de Abarrotes y artículos del país

== VENTAS SOLO POR MAYOR ==

Teléfono No. 756 :: Apartado No. 523

Medias de lana negras,
lisas, para señora, aca-
— ban de llegar a —

**La Tienda Romero
de González Hermanos**

Próximamente se trasladarán
al local que ocupó el Almacén de
ASSMANN & Co., la Sastrería

NEW ENGLAND y LA DESPENSA

DE

DELCORE, ARONNE & Co.

EMPRESA M. POLINI

ESTABLECIDA EN 1900

La primera que introdujo al país, como gran mejora, carruajes finos con yantas de hule.—Los primeros automóviles que corrieron en San José fueron traídos por esta casa.—Modernos landós de lujo con libreas y uniformes aquí se estrenaron.—La mejor Funeraria con hermosos caballos, valiosas carrozas, adornos morados y cajas de todos colores, novedades que no se conocían en el país traídas expresamente para imponer el adelanto de la capital.

Teléfono 14 * 150 varas al Sur del Mercado**

LA COLOMBIANA de FELIX ALVAREZ

Para la temporada de verano ha recibido cueros especiales y ofrece al público un surtido de pieles de todo color que llenará el gusto más exigente.

Frente a Koberg & Echandi

Hotel Washington

First Class Hotel

San José, Costa Rica

MORA & Cía.

Avenida Central

Frente al Palacio Nacional

AGENTES REPRESENTANTES
DE CASAS EXTRANJERAS

IMPORTACION -- EXPORTACION

MATERIALES KODAK PARA FOTOGRAFIA

Apartado 344 -- Teléfono 579

SAN JOSE

COSTA RICA

TRAUBE

CERVEZAS,
MALTA, KOLA y LIMONADA

MEDALLA DE ORO EN LA
EXPOSICION NACIONAL

La fábrica mejor acondicionada del país

Haga sus pedidos a

TRAUBE

La Tienda que más barato vende
y que mejores artículos recibe:

— ES —

LA ELEGANCIA

de JORGE CASTRO G.

AVENIDA CENTRAL

W. R. GRACE & Co.
San Francisco - New York
New Orleans

Importadores **Exportadores**

Agencias

<i>Nicaragua</i>	<i>Cuba</i>	<i>Puerto Rico</i>
<i>Argentina</i>	<i>Italia</i>	<i>Salvador</i>
<i>Venezuela</i>	<i>Japón</i>	<i>Panamá</i>
<i>Jamaica</i>	<i>Brazil</i>	<i>Suecia</i>
<i>Ecuador</i>	<i>Bolivia</i>	<i>China</i>
<i>España</i>	<i>Colombia</i>	<i>Chile</i>
<i>India</i>	<i>Guatemala</i>	<i>Perú</i>

GRACE BROS & Co. Ltd.

London & Liverpool

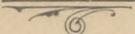
San José: Pasaje Central

Agencia: W. R. GRACE & Co.

San José, Costa Rica

Teléfono 796

ALSINA



IMPRESA
LIBRERIA Y PAPELERIA

Inmenso surtido
de útiles
para escuelas

Las últimas obras recibidas de América
Europa están de venta en la Librería

“La Express”

===== Frente a Robert Hermanos =====